



FOTO: Archivo Particular

GRITO SILENCIOSO DE UN MAESTRO HERIDO EN COLOMBIA

La pluma dorada de La Guajira plasma la página en blanco con la tinta fina de su pensamiento inspirada en la educación en Colombia. *Desde el alma rota del maestro, hasta las aulas silenciosas de los pueblos olvidados, se levanta una reflexión profunda sobre el maestro, ese ser humano que durante siglos ha sostenido sobre sus hombros el destino moral, intelectual y humano de las sociedades.*

Antes de existir ministerios, plataformas, indicadores, formatos y decretos, existía el maestro. *Mucho antes de las oficinas y los escritorios donde hoy se decide el rumbo de la educación, ya estaba aquel hombre o aque-*

lla mujer enseñando bajo un árbol, en una choza, en una plaza o en una vieja escuela de barro. El maestro nació con la humanidad misma, porque enseñar ha sido siempre una necesidad del alma y de la supervivencia.

En el mundo antiguo, el maestro era guía, filósofo y ejemplo. En Grecia, figuras como Sócrates enseñaban caminando entre los jóvenes, sembrando preguntas más que respuestas. *En las culturas indígenas de América, el conocimiento también se transmitía con respeto, desde la palabra sabia de los mayores. No existían títulos, pero sí vocación. No había salarios, pero sí compromiso con la vida.*

A Colombia, la figura del maestro llegó entre evangelizadores, escuelas rudimentarias y procesos de formación que fueron creciendo lentamente con la República. **Durante décadas, el maestro rural fue casi un héroe silencioso: caminaba horas enteras para llegar a una escuela, enseñaba con pocos recursos y muchas veces era el único referente de cultura, disciplina y esperanza en una comunidad.** Enseñaba matemáticas, lectura, valores, civismo y humanidad. Era respetado por las familias, escuchado por los estudiantes y valorado por el pueblo.

Y aunque antes no existían programas de alimentación escolar, transporte gratuito ni tantos proyectos institucionales, la educación parecía tener un rumbo más claro. Había menos tecnología, pero más escucha. Menos documentos, pero más enseñanza. Menos oficinas, pero más autoridad moral del maestro.

Hoy, el panorama duele.

La escuela colombiana se ha ido llenando de formatos, de cargas administrativas, de programas impuestos y de exigencias burocráticas que poco a poco fueron alejando al maestro de su verdadera misión: **formar seres humanos.**

El maestro ya no solo enseña. Ahora debe llenar plataformas, redactar informes interminables, responder indicadores, evidenciar proyectos, asistir reuniones constantes, cumplir cronogramas, atender conflictos familiares, resolver problemas emocionales, convertirse en psicólogo, trabajador social, mediador y hasta padre sustituto de muchos estudiantes abandonados emocionalmente.

Mientras tanto, el tiempo para enseñar se reduce.

Cada nuevo programa llega anunciado como

la gran solución para la calidad educativa. Sin embargo, muchas veces la realidad en las aulas demuestra otra cosa. Se crean más cargos, más contratos, más operadores y más recursos administrativos, pero la esencia de la educación se debilita. **Programas como el PAE, que deberían garantizar bienestar y permanencia, terminan muchas veces convertidos en escenarios de intereses económicos y corrupción, alejados del verdadero propósito de alimentar dignamente a los niños y fortalecer su aprendizaje.**

La pregunta entonces golpea con fuerza:

¿Dónde quedó la calidad educativa?

¿Calidad de qué?

Porque hoy existen más ayudas, más subsidios y más proyectos, pero también más indisciplina, más desinterés, más familias desintegradas y más estudiantes desconectados del valor del estudio. **Muchos padres dejaron toda la responsabilidad a la escuela. La autoridad del maestro se debilitó. El respeto se fracturó. Y mientras tanto, el docente continúa intentando sostener un sistema que parece derrumbarse desde adentro.**

A esto se suma otro fenómeno preocupante: **la improvisación profesional dentro de las aulas.** La educación dejó de ser únicamente un camino de vocación para convertirse, en muchos casos, en una oportunidad laboral improvisada. **Profesionales valiosos de otras áreas llegan a la escuela sin formación pedagógica suficiente, aprendiendo sobre la marcha lo que significa educar vidas humanas.**

Y no se trata de egoísmo profesional.

Se trata de comprender que enseñar es una responsabilidad delicada.



FOTO: Archivo Particular

Así como nadie pondría a un maestro a dirigir una cirugía, tampoco debería normalizarse que cualquier profesión asuma la educación sin preparación pedagógica profunda. **Educar no es repetir contenidos; es formar carácter, despertar pensamiento, comprender emociones y transformar destinos.**

Muchos maestros auténticos sienten hoy que su vocación ha sido arrinconada. **Ya no pueden desarrollar plenamente su creatividad pedagógica porque viven sujetos al cumplimiento de exigencias externas.** Las evaluaciones anuales, los temores laborales, las presiones internas y las decisiones administrativas silencian muchas veces al docente que quiere hablar, proponer o denunciar.

El rector, en ocasiones, olvida que también fue maestro.

Las secretarías olvidan que detrás de cada informe existe una persona agotada.

El sistema olvida que el docente también necesita respeto, estabilidad y dignidad.

Y aun así, cada mañana miles de maestros siguen entrando a las aulas con la esperanza intacta.

Llegan con problemas personales, con salarios insuficientes, con presiones institucionales, con cansancio acumulado... pero aun así enseñan. **Aun así, abrazan estudiantes rotos. Aun así, escuchan. Aun así, siembran futuro.**

Por eso esta no es una crónica contra el maestro.

Es una crónica en defensa del verdadero maestro.

Del maestro de vocación.

Del que transforma vidas.

Del que entiende que enseñar no es un empleo cualquiera, sino una misión profundamente humana.

También es un llamado urgente al Ministerio de Educación Nacional, a las secretarías de educación y a las rectorías del país para replantear el rumbo de la educación colombiana. No basta con crear programas y llenar estadísticas. ***Hay que volver a escuchar al aula. Hay que devolverle autoridad y dignidad al docente. Hay que fortalecer la familia como primer espacio educativo. Hay que evaluar no solo al maestro, sino también las condiciones institucionales, administrativas y humanas en las que se educa.***

La educación necesita menos apariencia y más esencia.

Necesita volver a mirar al niño.

Volver a mirar al maestro.

Volver a mirar a la familia.

Porque ningún país podrá salvarse si destruye el respeto por quien enseña.

En este Día del Maestro, Colombia no solo de-

bería felicitar a sus docentes. También debería pedirles perdón.

Perdón por la indiferencia.

Perdón por las sobrecargas.

Perdón por el abandono silencioso.

Perdón por convertir muchas veces la educación en un negocio administrativo y no en una prioridad humana.

Y aun así, pese al caos, pese a las heridas y pese al desgaste, el verdadero maestro sigue ahí.

Con su marcador gastado.

Con sus cuadernos llenos.

Con su corazón cansado.

Pero todavía creyendo que educar puede cambiar el mundo.

Porque mientras exista un maestro auténtico dentro de un aula, todavía habrá esperanza para Colombia.



DELIA
BOLAÑO

X deliabolano